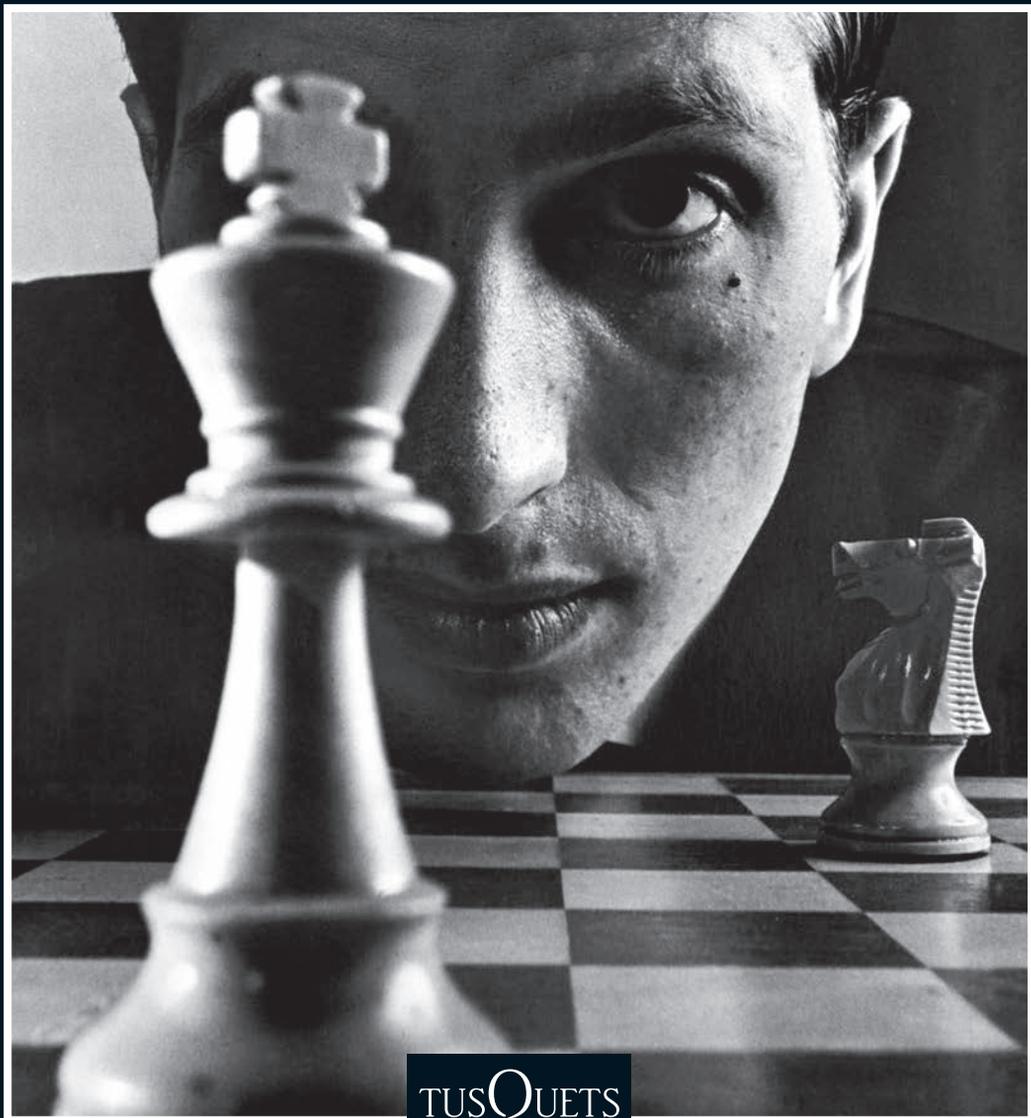


Mayra Montero

# LA TARDE QUE BOBBY NO BAJÓ A JUGAR

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

MAYRA MONTERO  
LA TARDE QUE BOBBY  
NO BAJÓ A JUGAR

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2024

© Mayra Montero, 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-477-3  
Depósito legal: B. 6075-2024  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.  
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# Índice

Oritías . . . . .	17
La necesidad de un beso . . . . .	24
Los chinos bombardean La Habana . . . . .	33
La eternidad en una butaca . . . . .	41
Que tu boca sea santa . . . . .	50
«Alguien que cuide de mí». . . . .	56
El corazón del oso. . . . .	69
Divinos animales. . . . .	75
Palpar la vida con mis manos . . . . .	88
La apertura del alfil . . . . .	98
¿Te enviaron los rusos? . . . . .	105
<i>Chess traps</i> . . . . .	114
Algo que odias. . . . .	125
¿Por qué no te mueres, Bobby Fischer? . . . . .	135
La medida del amor. . . . .	147
¿Qué te ha dado esa mujer? . . . . .	154
Nocturno. . . . .	164
Un juego para vagabundos . . . . .	173
La ropa de los locos. . . . .	181
Como un alma fatal. . . . .	189
El don del Mago de Riga. . . . .	203
Corazones rotos, corazones de piedra . . . . .	212
Últimas palabras . . . . .	222

A través de su reino . . . . .	230
Locura azul . . . . .	243
Patria . . . . .	254
Carta de una desconocida . . . . .	261
Nota de la autora . . . . .	283
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	285

Esta historia comienza y termina en La Habana.

O se origina en Nueva York y se desploma en Tokio.

O tal vez, para mayor exactitud, deba decir que se inicia en Chicago y descansa para siempre en Islandia, bajo la lápida de mármol donde pone su nombre, Robert James Fischer, y las dos fechas que marcan su paso por el mundo: 9 de marzo de 1943 - 17 de enero de 2008.

Fue en la capital de Islandia, precisamente, donde, casi un siglo antes de la muerte del ajedrecista, un chamán inuit conocido por Aua conversó por vez primera con el explorador Knud Rasmussen (con los años, hablarían muchas veces), en la misma tienda a la que ambos habían ido a comprar municiones. Sentados sobre una piel de foca y tomando sorbitos de café, el chamán le aseguró al explorador que «era un error pensar que la vida comenzaba en el vientre materno, o en los meses cautivos y borrosos en que tomamos forma. Ni siquiera surge en el momento en que nacemos, hambrientos y ateridos, para ser ofrecidos como sacrificio a la luz. Es la luz la que deforma al espíritu por cierto tiempo, corto o largo, y solo entonces, al exhalar el último suspiro, comprendemos que en la oscuridad está la razón». Rasmussen vaciló entre escribir razón o infinito, que en el dialecto polar de los inuit son dos palabras que suenan exactamente igual. En el

caso de Bobby Fischer, una u otra también eran intercambiables. Esa comprensión a la que se refirió el chamán le sobrevino a destiempo, hacia el alba de su juventud, en plena claridad y cuando aún le quedaban algunas décadas de vida. Fue como un acto de desobediencia que, deliberado o no, rápido le costó el alma.

El 23 de marzo de 2005, recién cumplidos los sesenta y dos años, Fischer arribó al aeropuerto de Keflavik, en un vuelo de Scandinavian Airlines, con el pasaporte islandés que le otorgaron en memoria de la proeza ajedrecística que había tenido lugar en 1972, en lo que fue denominado el «*match* del siglo». Estaba desdentado por culpa de los puñetazos que le propinaron en la cárcel japonesa de Ushiku, donde fue encarcelado por intentar salir de Tokio con un pasaporte vencido. Las autoridades estadounidenses habían mandado arrestarlo por violar el decreto que le prohibía viajar a Belgrado, en plena guerra yugoslava, para jugar un *rematch* con su eterno rival, Boris Spassky. En aquella ocasión, y ante las cámaras que estaban a punto de transmitir la partida, Fischer escupió la carta-ultimátum que le habían cursado desde el Departamento de Estado, y a partir de entonces se convirtió en un prófugo.

Pasó ocho meses infernales en la prisión japonesa en la que a menudo fue castigado por atacar a los guardias o aullar sin consuelo, pero ni siquiera en Islandia fue capaz de recomponer su vida. Por el contrario, se agudizó su paranoia, hasta el punto de que se negó a que le arreglaran los dientes por miedo a que los rusos le colocaran un transmisor en la boca. Pasaba los días refugiado en una librería del casco antiguo, releyendo las historietas de Jimmy Hatlo, ídolo de su infancia, y en las largas tardes de invierno cabeceaba entre los anaqueles hasta caer rendido, por lo que a menudo el dueño de la librería, Bragi Kristjónsson, tenía que despertarlo a la hora de cerrar.

Fischer ya nunca sonreía, apenas podía masticar, y la infección de aquellas caries que lo martirizaban se extendió por su cuerpo y se empozó en los riñones, lo torturó con dolores extremos y finalmente le causó la muerte. En su gravedad, rechazó todos los tratamientos que hubieran podido prolongarle la vida. Solo aceptó, a última hora, que le inyectaran morfina, y esto por consejo del único extranjero del equipo médico, un psiquiatra de Estocolmo de apellido Stoltz, hijo de un ajedrecista sueco al que Fischer nunca vio jugar, pero cuyas partidas había estudiado concienzudamente. Antes de convencerlo, el doctor Stoltz sacó del bolsillo de su abrigo un alfil y lo depositó en la mano del paciente, a continuación le dijo que cerrara el puño para poder localizar la vena. Segundos antes de que Fischer se hundiera en la bruma del último navío, el psiquiatra le dejó saber que aquel alfil había pertenecido al gran maestro Gösta Stoltz, y él se lo regalaba.

Era un gélido jueves de enero, y un exagerado número de alcatraces abandonó los acantilados y sobrevoló la ciudad, algo raro para la época. Más raro aún fue que dos osos polares, procedentes de Groenlandia, llegaran al mismo tiempo y de la misma forma —subidos en sendos bloques de hielo— a los alrededores del fiordo de Skaga. Rugían de hambre y dolor, y ambos fueron abatidos por los lugareños. Bobby Fischer había muerto ese día.

Con bastante premura, en medio de una intensa nevada, fue enterrado en el pequeño cementerio de Laugardællir, en las afueras de la ciudad de Selfoss. Solo un puñado de personas asistieron al sepelio, entre ellas la presidenta de la Federación Japonesa de Ajedrez, Miyoko Watai, con la que Fischer contrajo matrimonio mientras estaba preso, como parte del esfuerzo internacional para que no lo extraditaran a los Estados Unidos.

Algún tiempo después, exhumaron su cadáver a instancias de una mujer que declaró que el ajedrecista era el padre de su hija, nacida en Filipinas. Salieron a la luz el cráneo, el pesado esqueleto, los afilados huesos de las manos, una de las cuales todavía se aferraba a un alfil.

Las pruebas de paternidad demostraron que la niña no era suya. Volvieron a la fosa los restos, tintineando dentro del sudario nuevo. Era verano en Islandia y unas florecitas silvestres, de las que llaman «piojos», flameaban sobre la tierra removida.

Todo lo malo que podía ocurrir en un mes, ocurrió en aquel septiembre.

El día 8, mi abuela cayó muerta. No se desvaneció o se derrumbó con más o menos suavidad, sino que se estampó contra el suelo, como si su propio corazón la hubiese empujado, con esa sed de venganza que tienen los corazones enjaulados que se marchitan y al final no perdonan. No le perdonó a mi abuela que fuera tan reservada y fría, ni que se callara los motivos de esa espesa amargura que supuró desde su juventud, y que transmitió de una manera u otra a sus seis hijos.

Aún estaba tibio su cadáver, cuando mi abuelo tomó la decisión de ahorcarse. De todos los fracasos de su vida, que fueron muchos y devastadores, ese ahorcamiento fue el peor de todos, ya que no murió. Se balanceó varios minutos sobre el brumoso lago de la muerte, y al final fue su robusto cuello —cuello indiano de reminiscencias guanches: un fajo de músculos, tendones, venas y poderosas vértebras— el que resistió sin quebrarse, misterio que nadie nunca se explicó. Cuando una de sus hijas se asomó al baño, extrañada de que no se hubiera sentado a almorzar, lo halló inconsciente y gris, la lengua afuera, moviendo los dedos de las manos como si tocara una mazurca en un piano invisible. Ella in-

tentó gritar, pero ese grito se le congeló en la garganta: no le salió la voz, no fue capaz de moverse para pedir auxilio. Siguió resistiendo el ahorcado, y ya estaba más del lado de allá que del de acá, cuando otra de sus hijas, al ir en busca de la primera y toparse con la escena, corrió al comedor en busca de unas tijeras y de paso alertó a una vecina para que ayudara. Esta última abrazó a mi abuelo por las piernas y lo alzó para aflojar la presión de la soga, mientras mi tía —la única que estaba activa, la otra se había desmayado— metía el tijeretazo más importante de su vida. Era modista, había cortado mucho, nunca nada tan impaciente como la soga de un ahorcado.

Sobrevivió el anciano con un enorme verdugón alrededor del cuello, una lombriz de sangre que hipnotizaba a los nietos que por aquellos días fuimos a verlo al hospital. Teníamos prohibido mencionar la soga o hablarle de «su enfermedad», y como él tampoco abrió la boca, nos limitamos a mirarlo, a observar sus mejillas hundidas, los párpados morados, y la oscura puntita de la lengua, que asomaba a los labios como la de un idiota. Así estuvimos un buen rato, los nietos locos por salir huyendo, y el abuelo loco porque lo dejáramos a solas. A mis trece años, ignoraba que esa no sería la última catástrofe de septiembre.

Por esos mismos días, mi madre comenzó a sufrir los ataques de nervios (ahora les llaman de ansiedad) que se saldaban con sollozos, desmayos, cortes que se autoinfligía en los brazos y la obsesión de visitar todos los días la tumba de mi abuela, a la que enterraron junto a un hermano fallecido en plena juventud, y del que nadie había vuelto a acordarse hasta que se necesitó un lugar para el descanso eterno de Panchita, que era como apodaban a la difunta. Sobre los restos de ese joven, muerto a consecuencia de un rayo, colocaron el féretro con su vieja hermana fallecida. «No se queda sola»,

le dije a mi madre, que me pegó la primera bofetada de varias que se le soltarían por motivo de sus arrebatos. No fue la más fuerte ni la más dolorosa, pero sí la más inmerecida, ¿no era aquel un comentario de consuelo?

Con los días descubrí que por los bordes de la losa escapaban legiones de gusanos ahítos, cosa que no le comenté a Greta (siempre llamé a mi madre por su segundo nombre), temerosa de que me mandara pisotearlos. Pero al final, en una de esas tardes en que nos presentamos casi a la hora en que cerraba el cementerio, los descubrió ella misma: «¡Gusanos!», balbuceó y rompió a llorar, temblando de arriba abajo. A mí se me ocurrió tranquilizarla diciéndole que esa misma noche llegarían los escarabajos, que por muy lejos que estuvieran eran capaces de olfatear las larvas que merodeaban por las tumbas frescas. Como me gustaban mucho los insectos, me desvivía por observarlos, y siempre leía un poco más de lo que nos enseñaban en clase. Greta no me oyó, o le importaron un pepino mis teorías sobre los depredadores de los depredadores de cadáveres, así que se quitó el zapato y empezó a despanzurrarlos, le vi en los ojos que al hacerlo despanzurraba muchas otras cosas, no sé cuántas ni cuáles, quizás a mí misma, pues para ese entonces no me soportaba.

Al día siguiente, y quizás ese fue el verdadero punto de no retorno en nuestra relación, desapareció mi perro *Larry*. Greta llevaba días exigiéndole a mi padre que lo sacara de la casa, a lo que él accedió, probablemente para poder odiarla con mayor ahínco, sin pensar en la angustia que me causaría, ni condolerse del peregrinaje que me impuse a diario, yendo en busca del animal calle por calle, tratando de identificarlo entre las jaurías, o confundiéndolo con un ovillo que veía a lo lejos, y al que corría desesperada solo para descubrir que eran ladrillos ahumados, o trapos negros sacados de un antiguo féretro. En el lugar en que lo buscaba, La Quinta de los

Molinos, por aquel tiempo estaban desenterrando los restos de los esclavos de los capitanes generales, no era extraño encontrar la tela de sus pantalones o de sus vestidos.

Incapaz de razonarlo entonces, supe en mi corazón que hay un momento en nuestras vidas en el que la inocencia se derrama como el líquido de un cuenco al recibir por azar un codazo. *Larry* no apareció y eso hizo que cambiara todo.

Al desgarrar que me provocó su ausencia, se unió la circunstancia de que en los últimos días de septiembre me bajó la regla por primera vez. No fue una sangre normal que me corriera por las piernas, como les había pasado a otras muchachas de la secundaria, que huían hacia el baño sollozando, muriéndose de la vergüenza, mientras los varones cuchicheaban entre ellos. Lo que manchó mi ropa interior fue una pasta oscura y agria, parecida a la mermelada de ciruela búlgara, que era la única conserva que podíamos conseguir en La Habana.

Cuando le mostré a mi madre el blúmer manchado, murmuró esta frase: «Bueno, ya», y se encaramó en la cama para coger de lo alto del ropero de dos cuerpos la caja de Kotex que tenía guardada desde la Navidad de 1962, fecha en que los mercenarios que habían llegado en la invasión un año antes fueron liberados a cambio de tractores, mantequilla de maní, puré de papa instantáneo, y unas botellas de sirope Hershey's que tomábamos por cucharadas, como si fuera un reconstituyente. En casa por primera vez se vieron cajas de *cornflakes* (ni siquiera antes de la Revolución habíamos desayunado *cornflakes*) y paquetes de olorosas mezclas para preparar tartas de fresa, pero con el tiempo todo se fue acabando excepto por la caja de Kotex, que mi mamá presumía de tener guardada para cuando su única hija «cayera mala».

Y lo cierto es que «caí mala» bastante tarde, estando a punto de cumplir catorce. Para entonces, todas las muchachas

que conocía, aun las que eran menores que yo, llevaban mucho tiempo menstruando, intercambiando ese tipo de confidencia misteriosa para quien todavía no ha dado el salto a la pubertad: la complicidad, la exaltación, la jerga que solo domina la mujer que sangra.

Así que en septiembre de 1966 abrimos la caja y vi las almohadillas por primera vez. Mi madre me dio un elástico que se ceñía a nivel del ombligo, y dos imperdibles, uno para sujetar el Kotex por delante, y otro para sujetarlo por detrás. Eso fue todo.

Hacia primeros de octubre quedó fijada la reunión en que discutiríamos los pormenores del plan, un intercambio del que ya habíamos tenido noticia, pero en el que ni siquiera me paré a pensar. Regina había soltado la bomba una semana atrás, sin rodeos porque nos quería dejar a todas muertas, pálidas y desmayadas: nos ofrecían el *Rubber Soul*, de los Beatles, un LP con su carátula impecable, a cambio del autógrafa de un ajedrecista americano que en poco tiempo iba a llegar a Cuba. Hubo chillidos, gesticulaciones histéricas, un alboroto que se aplacó súbitamente cuando Adelaida (a quien llamábamos Laidi), nos echó un jarro de agua fría: a Regina le tenían que haber tomado el pelo, porque ¿quién querría deshacerse de un disco como ese a cambio de la firma de un jugador de ajedrez? Eso en primera, y en segunda: ¿dónde conseguiríamos a ese jugador y quién podría acercársele, viniendo de donde venía, o sea, del «Norte revuelto y brutal», que había dicho Martí?

Éramos cinco inseparables desde sexto grado. Un profesor de historia nos había bautizado como las Oritías, por ser escurridizas y taimadas como la princesa griega raptada a ple-

na luz del día por el dios del viento. En clase se le oía decir: «A ver, las Oritías, dejen el cuchicheo», y Oritías se nos quedó para siempre.

—Viernes siete a las cuatro en punto —resolvió Regina—, y no hablen de esto con nadie... Capestany mataría por quedarse con ese disco.

Capestany comandaba a casi todos los varones de la secundaria, y, cuando amanecía virado, se desquitaba con las muchachas. Alguna vez le pidió un lápiz prestado a Laidi y se lo devolvió con unos cuantos vellos púbicos enroscados en la goma. «¡Pendejos!», se horrorizó ella, y convocó a las Oritías para que los viéramos. Por lo demás, era un grandullón de cara redonda, con un pelo color azabache con el que se hacía tupé —alguien le había dicho que era igualito a Elvis—, y unas cejas perversas que movía a su gusto para intimidar o burlarse, según fuera el caso. A su favor obraba conocer la vida y milagros de los Beatles, el orden de todas sus canciones, que también cantaba a veces, en su propio inglés macarrónico o inventado.

—Se nos puede adelantar —advirtió Regina—. Si se entera de esto, buscará al dueño del disco hasta debajo de las piedras. Tú, Miriam, que siempre se te va la lengua, no me faltes el viernes.

Era conmigo y asentí sin chistar. Nunca se me iba la lengua, pero ella siempre largaba un comentario hiriente para dominarme. Lo que me preocupaba era otra cosa: si septiembre seguía siendo un mes maldito, y a esas alturas todavía faltaban dos días para que se acabara, era posible que ocurriera otra tragedia y no pudiera poner un pie fuera de casa. Las posibilidades eran incontables: mi madre podía caer de la azotea en uno de sus arrebatos, o tomarse un vaso de lejía, idea que no era del todo ajena a su cabeza porque ya había amenazado con hacerlo. También podía ocurrir que en una de

las peloteras con mi padre, fuera él quien le atizara un golpe, mortal de necesidad, pues cada vez se hacía más obvio que Greta le hacía perder los estribos.

—Sin excusas ni pretextos —exhortó Regina, echando mano a esa infalible frase que usaba el delegado de la Juventud Comunista cuando nos convocaba a los desfiles y dejaba claro que no iba a permitir ausencias.

Se rieron las Oritías como hadas vivientes, brincaron abrazadas y no tuve más remedio que reírme también, fingir la misma emoción pero con un gesto forzado, nervioso, helado ya por el presentimiento... Callamos todas a la vez y la líder del grupo, que era sin discusión Regina, nos miró altiva:

—No volveremos a celebrar hasta que tengamos el disco. De ahora en adelante, cierren esas bocas... Los Beatles no existen, ¿oyeron?